

El Partido Socialista y la Revolución Chilena

Carlos Altamirano, La Serena, enero de 1971.

"La marcha es verdaderamente larga, porque cuando se ha conquistado el poder es que los revolucionarios comprendemos que apenas se comienza".

Fidel Castro a Régis Debray, en Chile

La crisis del imperialismo y el surgimiento del Tercer Mundo

La década del 60 vio agudizarse las contradicciones del sistema imperialista y agravarse profundamente su estabilidad internacional. El enfrentamiento entre los pueblos oprimidos y sus opresores nacionales y extranjeros alcanzó formas desconocidas hasta entonces. A pesar de la notable mejoría en las relaciones entre la Unión Soviética, los Estados Unidos y Europa Occidental, y el afianzamiento de las respectivas esferas de influencia, el mundo se vio conmovido por la pujanza del despertar de los pueblos de Asia, África y América Latina y la brutalidad desplegada por el capitalismo para someterlos. Un nuevo sujeto histórico determinó un desplazamiento fundamental en el campo de las contradicciones: el Tercer Mundo.

La guerra de Vietnam demostró la vulnerabilidad de los Estados Unidos y el ocaso del dominio imperialista, obligándolo a hacer un gigantesco despliegue de su maquinaria bélica y provocando con ello graves crisis internas en las metrópolis. Además de tener que resistir el embate de los frentes de liberación en Asia, África y América Latina, los Estados Unidos y los países capitalistas de Europa se vieron conmovidos por la rebelión de la juventud y la agudización de los conflictos generados por el capitalismo industrial. El conflicto racial alcanzó en los EE.UU. caracteres de guerra civil.

Latinoamérica: El fracaso del reformismo y la crisis de la Juventud, la Iglesia y las Fuerzas Armadas

Latinoamérica sirvió durante los últimos diez años de conejillo de Indias a una nueva política de explotación. Los Estados Unidos, en alianza con el capital extranjero y las burguesías nativas, pasaron del saqueo bruto de materias primas minerales y vegetales a la participación directa en las economías "nacionales", ampliando así su dominio a las esferas de la producción y distribución de bienes de consumo, distorsionando un proceso de crecimiento económico que ahondó el subdesarrollo. Se invirtió preferentemente en sectores de la economía que garantizaban rendimientos fabulosos a corto plazo, sin considerar en absoluto las necesidades sociales y las características específicas de cada país. Con el señuelo del "bienestar social", el imperialismo profundizó el dominio ideológico sobre nuestra cultura, utilizando todos los medios de comunicación de masas a su alcance para someter espiritualmente a los sectores mayoritarios y una sutil política de cooperación científica y técnica para ganarse a su favor la élite intelectual de nuestra sociedad. El subdesarrollo se hizo de este modo, más complejo, pero la relativa modernización de las estructuras sociales que esta política general trajo consigo abrió posibilidades incalculables al despertar de la conciencia, agudizando las contradicciones entre la realidad social y su imagen.

El intento del neocolonialismo por hacer de Latinoamérica una "sociedad de consumo", sin transformar la estructura social y económica, se articuló en la política burguesa del reformismo. Si bien es cierto que ella logró movilizar los sectores medios acomodados de los países más desarrollados del continente, su vigencia fue de corto plazo y no hizo sino profundizar el saqueo extranjero, enriquecer aún más a las burguesías y llegar a Latinoamérica a la crisis más grave de su historia, sirviendo de antesala al fascismo. Pero esta política del reformismo, con la ideología del desarrollismo que la articulara, contribuyó, a su pesar, a dinamizar fuerzas sociales que lo rebasaron rápidamente. La quiebra de la sociedad tradicional, necesaria al proceso de su conversión en "sociedad de consumo", liberó fuerzas que vinieron a enriquecer el movimiento de liberación popular. La Iglesia, uno de los pilares de nuestra tradición, dejó de ser el instrumento de dominio espiritual que había sido durante siglos, viendo surgir en su seno un clero joven, comprometido con los problemas sociales y dispuestos a participar activamente en la transformación estructural de la sociedad. Por primera vez en su historia sacerdotes católicos empuñaron el fusil por la causa popular, sufriendo la persecución y el asesinato. Por su parte, las universidades, en quiebra permanente en una sociedad subdesarrollada, se convirtieron en focos de rebeldía, creando no sólo un pensamiento crítico, sino también cuadros que comenzaron a militar activamente en los partidos populares y en los ejércitos de liberación.

El fracaso del reformismo y la crisis de los partidos políticos retomaron una vez más a un primer plano a las fuerzas armadas del continente. Pilar del Estado en una sociedad de clases, el ejército asumió en algunos países el control político directo. Pero si bien es cierto que en su mayoría representó a los intereses más oscuros de la reacción, como en Brasil y en Argentina, en el caso peruano las fuerzas armadas asumieron una política de defensa de los intereses nacionales y populares. Seguramente, las tendencias revolucionarias dentro de las fuerzas armadas no se limitarán a un solo país, sino que se harán presentes en el resto de ellos.

En resumen, la Iglesia, la juventud estudiantil y las fuerzas armadas comenzaron a experimentar cambios radicales que tendrán gran significación sobre el desarrollo político de los pueblos.

La nueva izquierda revolucionaria y el ejemplo cubano

El desplazamiento del campo de las contradicciones fundamentales, al que nos referíamos al comienzo, produjo, como una de sus consecuencias, una crisis en las relaciones entre la Unión Soviética y China, y la división de la izquierda en casi todos los países del Tercer Mundo. Siguiendo el ejemplo de la revolución cubana y contando con el apoyo de su internacionalismo militante, algunos sectores de la izquierda adoptaron nuevas formas y métodos de lucha; fue así como se generalizó la guerrilla rural y urbana en todos los países de nuestro continente. Este fenómeno vino a modificar sustancialmente las condiciones objetivas de la revolución, al mismo tiempo que la hizo meta irreductible de las masas. El cuestionamiento de la vía electoral como estrategia de acceso al poder real de la sociedad tuvo no sólo consecuencias políticas, sino que obligó a un esfuerzo teórico de gran magnitud. Por primera vez las ciencias sociales se liberaron del sometimiento ideológico al imperialismo cultural y comenzaron a plantearse problemas estructurales de nuestra sociedad como su meta más legítima. Fue así como surgió un pensamiento revolucionario latinoamericano, representado por Fidel Castro, Che Guevara, Camilo Torres, e ideólogos de la magnitud de André G. Frank, Régis Debray y otros. El impasse surgido entre la izquierda tradicional y la izquierda revolucionaria no ha sido zanjado y no lo será sino en la praxis revolucionaria concreta. Puesto que la

historia no ha conocido hasta hoy revoluciones pacíficas y que el capital no renunciará a su poder voluntariamente, el enfrentamiento armado en términos continentales sigue manteniendo la misma vigencia de siempre.

Las condiciones en que se produjo el triunfo de la Unidad Popular

El reformismo populista de la Democracia Cristiana no hizo más que postergar el enfrentamiento final entre la clase trabajadora y la burguesía nacional. A pesar de haber contado con un amplio respaldo de las capas medias y de extraordinarios ingresos de divisas, debido al alto precio alcanzado por el cobre en el mercado internacional, el Gobierno demócratacristiano dejó al país en un gravísimo proceso de estancamiento e incluso recesión. Su política económica de defensa de los intereses de sectores empresariales y de entendimiento con el capital extranjero agudizó aún más la crisis estructural que la economía chilena viene arrastrando desde hace largo tiempo. Respecto de los sectores desposeídos, tendía ella a una mera redistribución del ingreso y a una pseudo-movilización social expresada en la ideología del comunitarismo. Esta movilización de corte populista produjo, sin embargo, cambios profundos en la estructura social chilena. La Reforma Agraria, llevada adelante por la corriente progresista de la Democracia Cristiana y en conflicto con el Gobierno, inició la transformación del campesinado en una fuerza explosiva, que ha venido a acelerar el proceso de cambios estructurales de la sociedad chilena. Por sobre esta política exigida por la juventud y el ala izquierda del partido primaria, sin embargo, el interés de los sectores empresariales, expresado en una política entreguista de las riquezas primarias, puramente redistributiva y distorsionante de nuestra economía. La agudización de los conflictos que él mismo contribuyera a provocar, convirtió al Gobierno DC en un gobierno clasista, aliado de la extrema derecha y enemigo de las masas populares, en cuyo nombre ascendiera al poder. La "Revolución en libertad" terminó de hecho en una dictadura legal que persiguió, encarceló y asesinó impunemente a pobladores, obreros y campesinos.

El fracaso de la gestión reformista demócratacristiana dejó al país ante la disyuntiva del fascismo o la revolución popular. La escasa diferencia de votos entre el candidato de la Unidad Popular y el de la reacción nuestra hasta qué punto formas alternativas tan extremas contaban con posibilidades casi iguales de conquistar el poder. Podemos señalar tres factores como determinantes para el triunfo de Salvador Allende: la agudización de las contradicciones del sistema, provocada por el reformismo desarrollista DC; el surgimiento de nuevas fuerzas sociales que se incorporaron activa y conscientemente a la lucha política, bajo la enseña de la UP, y la actividad revolucionaria de ciertos sectores de la izquierda que recibieron toda la descarga de la represión del Gobierno, desenmascarándolo, levantando el repudio general en su contra y sacudiendo la conciencia de un electorado habituado al mito de la democracia chilena. Todos estos factores crearon un suelo propicio a la unidad de todas las fuerzas populares que legitimaron el 4 de septiembre la vía de la revolución y repudiaron la reacción y el reformismo en todas sus formas.

Perspectivas de la revolución chilena

Si bien el triunfo de la Unidad Popular no ha producido hasta hoy un desplazamiento dentro de la correlación política de fuerzas, ha tenido, sin embargo, y como consecuencia directa, una radicalización progresiva del país en dos grandes sectores: los que están por cambios estructurales y los que no aceptarán esos cambios, defendiendo sus intereses por la fuerza de las metralletas, como ya lo están haciendo. Estos sectores contrarrevolucionarios que han comenzado a incorporar la

violencia de las armas a la política chilena, haciéndose justicia a sangre y fuego, están sosegando sus diferencias internas para constituir un solo frente que aúne a la reacción tradicional y a la nueva derecha democratacristiana en torno a la figura de Eduardo Frei y su camarilla. Este frente está actuando a distintos niveles: en el de la política parlamentaria, obstruyendo impunemente algunos proyectos presentados por el Gobierno; en el de la economía, creando un boicot económico, abandonando industrias, sabotando cosechas; en el de la difamación por la prensa y la radio, utilizando los órganos tradicionales, pero en especial el de la DC, La Prensa; en el de la abierta sedición armada y el golpe militar, como lo demostrara la aventura que terminara con el asesinato del general Schneider, y el levantamiento armado de algunos latifundistas sureños que desconocen las órdenes impartidas por el Gobierno. Junto a la actividad sediciosa de la derecha chilena, el Gobierno de la Unidad Popular tendrá que sufrir el boicot y el asedio de los Estados Unidos y el capital extranjero, que han desatado una campaña internacional de desprestigio en contra de Chile y han llegado en algunos editoriales a llamar abiertamente al golpe militar y la intervención como única manera de denotar el triunfo popular.

Esta situación de extrema radicalización de la derecha, que deja entrever hasta dónde será capaz de llegar en la defensa de sus mezquinos intereses, ha tenido el efecto positivo de iniciar un proceso de unificación de todas las vanguardias revolucionarias, superando sectarismos en vista a la defensa de una causa que nos une a todos por igual. Este es un segundo triunfo de la izquierda y una gran derrota para la reacción, que quisiera ver a la izquierda en la división que viviera durante los últimos años. Pero aunque este proceso tendrá una importancia decisiva en el transcurso del proceso político que enfrentamos, no tendrá mayor significación si no va respaldado por la movilización total de las masas populares y su incorporación como sujeto activo en la organización de las instituciones políticas, en la participación de las decisiones fundamentales, en la dirección de las empresas públicas y privadas, en la planificación, organización y dirección de la economía en todas sus ramas. No es con acuerdos políticos al margen de las bases, ni sobre una masa espectadora de la lucha que libran los partidos de izquierda contra la reacción armada como será posible vencer a la reacción y construir el socialismo, sino entregando el poder a las masas de campesinos y obreros que, organizados en sus vanguardias, serán las únicas capaces de construir el socialismo chileno. Sólo esta movilización, ajena a todo paternalismo burgués, podrá hacer viable la transformación radical de nuestra economía, planificándola, reestructurándola de acuerdo a sus reales necesidades; creando nuevas fuentes de riqueza y, sobre todo, una nueva actitud moral frente al trabajo. No hay que olvidar que el gran enemigo de la revolución es el reformismo, y que el reformismo, disfrazado en su populismo paternalista y en su demagogia económica meramente redistributiva, es una solución falsa aunque posible, no del todo ajena a ciertas tendencias en la izquierda.

La izquierda en la nueva coyuntura

El triunfo de la Unidad Popular ha venido a transformar radicalmente el panorama político chileno, planteando problemas y exigencias que demandan a las vanguardias políticas de izquierda un replanteamiento estructural de sus estrategias y tácticas revolucionarias. El Gobierno de la Unidad Popular no será un gobierno más que continúe la rotación partidista del ejercicio del poder dentro de las reglas burguesas de la democracia representativa, sino un gobierno de masas que deberá promover los cambios de la estructura política, social y económica que el país ha exigido a través de su mayoría soberana. Y ello no será posible ni manteniendo el aparato estatal burgués con su secuela de corrupción y vicios enquistados en una burocracia desmesurada, un aparato policial orientado a la

represión del pueblo, un Parlamento conservador y obstruccionista y un sistema judicial clasista, ni enfrentando esta realidad con nuestras viejas formas partidistas. Los partidos de izquierda han vivido toda una existencia política aceptando sin protestas el juego electoralista, parlamentario y burgués. La nueva coyuntura histórica nos plantea un extraordinario desafío, que debemos aceptar y resolver exitosamente: la revolución chilena sólo será posible en la medida que las vanguardias de la clase trabajadora sepan revolucionarse a sí mismas, se incorporen sin temores a las masas populares y encuentren en ellas el dinamismo, la orientación y la fuerza que harán posible la conducción del pueblo chileno hacia la construcción del socialismo. El sectarismo partidista y el apego a las tradiciones del orden burgués son los grandes enemigos de la revolución.

El Partido Socialista en la nueva situación: un nuevo estilo de lucha y la liquidación de viejos vicios

El hondo arraigo que el Partido Socialista tiene en las masas populares de nuestro país y el carácter eminentemente chileno de la política que ha venido sustentando lo convierten en la más legítima y fiel vanguardia del proletariado y del campesinado nacional. Hemos sabido defender fielmente los intereses de la clase trabajadora, junto a las masas oprimidas del continente, y luchar contra el poder oligárquico e imperialista, incorporados incansablemente al movimiento de liberación de los pueblos del mundo. El Partido Socialista ha sabido ser la vanguardia del trabajador chileno y sin sometimientos dogmáticos de ninguna especie ha estado junto al proletariado del mundo entero. Las relaciones más solidarias nos han hermanado a la revolución cubana y los movimientos de liberación del continente. Pero también hemos sabido mantener más allá de toda contingencia la unidad con los otros partidos de la vanguardia revolucionaria chilena, en especial el Partido Comunista, junto al cual sentamos las bases de la Unidad Popular que llevara al gobierno al pueblo chileno. La unidad socialista-comunista es y será la base de toda nuestra política, la cual deberá estar fundada en una sólida identidad de propósitos, tanto estratégicos como tácticos.

Dentro del proceso revolucionario que estamos viviendo tendremos que identificarnos plenamente con las masas de país, a través de nuestras bases militantes, y otorgarle un apoyo leal y masivo al Gobierno Popular de Salvador Allende. El deber de todo partido revolucionario es respaldar, sin transacciones ni vacilaciones, la gestión del Gobierno del Pueblo y colaborar incansablemente al cumplimiento de los objetivos que las masas populares vayan exigiendo. Sólo la unidad entre las masas y el partido y el apoyo franco y decidido de éste al Gobierno Popular podrán vencer al enemigo y construir el socialismo chileno. Esto no nos exime de la crítica, allí en donde veamos que no estén siendo cumplidos los objetivos revolucionarios del Gobierno, pero esta crítica tendrá que tener lugar en el seno de las vanguardias, expresar las exigencias de las masas y ofrecer las soluciones que creamos necesarias para una rectificación en la línea que lleve la revolución.

¿Está el partido, en su forma actual, en condiciones de responder satisfactoriamente a la enorme tarea que nos espera? Como todos los partidos de la vanguardia chilena hemos recibido el desafío de tener que transformar nuestras estructuras y superar todos aquellos vicios y defectos que hemos ido adquiriendo a lo largo de una convivencia más que pacífica con la democracia burguesa. En el pasado, nuestra política no expresó adecuadamente los planteamientos ideológicos y programáticos que se fijaran en los congresos de Linares y Chillón: denunciábamos el sindicalismo economicista y terminamos practicándolo; condenamos el electoralismo, pero en más de una ocasión hemos abusado de él; planteamos la necesidad de una lucha ideológica franca y decidida, pero muchas veces la ocultamos en la política del pasillo y la transacción. Estas inconsecuencias, que sólo sirvieron

para descontar a las bases y debilitar la pujanza del movimiento revolucionario chileno, no fueron causadas tan sólo por fallas individuales de los dirigentes, sino por defectos en la estructura misma del Partido. La coyuntura histórica que vivimos, de una trascendencia fundamental para Latinoamérica y el mundo, exige que superemos esos defectos con una revisión sustancial de nuestra estructura orgánica, una autocrítica implacable a nuestros planteamientos y el esfuerzo común y solidario de las bases y los cuadros dirigentes para liquidar las formas concretas que asumen: el caudillismo, el personalismo, la desorganización y la indisciplina.

Por un Partido Socialista renovado

Hasta hoy, el Partido Socialista ha tolerado en su seno vicios que han subordinado muchas veces la política nacional revolucionaria a caprichos personales que han desbaratado toda acción conjunta, solidaria y de masas. Nuestro partido ha vivido en varias ocasiones desgarrado y desarticulado por estas tendencias disociadoras que será necesario superar con una nueva actitud moral y un estilo de lucha que permita golpear al enemigo burgués e imperialista a través de una mayor concentración de las fuerzas proletarias y campesinas. Al personalismo, al caudillismo, al político del pasado tendremos que oponer la dirección colegiada y la estructuración férrea de nuestros cuadros. Nuestra política tendrá que ser fiel expresión de una línea ideológica articulada y consecuente, renovada en la constante información y discusión política. Los principios ideológicos deberán primar sobre las personas y éstas tendrán que respetar las decisiones y acuerdos de las bases a nivel regional, provincial y nacional. Esta nueva política exigirá una apertura generosa y consecuente hacia nuestra juventud. Esto significa no sólo hacer participar activa y realmente a la juventud del partido en las decisiones fundamentales, sino rejuvenecer nuestros cuadros dirigentes e ir creando las bases para que el partido se anticipe a la realidad, en lugar de marchar tras ella. Será preciso darle una máxima prioridad a la organización de una escuela de cuadros que forme al militante informado y responsable, capaz de resolver las grandes tareas de la revolución chilena con firmeza, fantasía creadora y solidez moral. El futuro pertenece al hombre nuevo.

Sólo un partido estructurado férreamente, con una dirección colegiada y disciplinada, vitalizado por su juventud y en contacto directo con sus bases obreras y campesinas podrá constituir, junto a los partidos hermanos, la vanguardia chilena en la marcha hacia el socialismo.

La revolución chilena: nacional, continental e internacionalista

Nuestra revolución será nacional y consecuentemente continental e internacionalista. La lucha por la liberación de los pueblos es un concierto cuya dialéctica viene siendo dada por el universalismo del sistema capitalista e imperialista que tenemos la misión de derrotar. La construcción del socialismo chileno es un paso hacia la construcción del socialismo latinoamericano y éste, a su vez, un momento en la lucha por la liberación del Tercer Mundo. Nuestra misión es, pues, de gran envergadura y significación. El trabajador chileno ha sabido solidarizarse siempre con sus hermanos de clase de todo el mundo, pero por sobre todo con aquellos hermanos de tradición e idiosincrasia. Continuaremos y extenderemos la revolución continental que iniciara gloriosamente el pueblo cubano, golpearemos mortalmente al enemigo de los pueblos, al imperialismo norteamericano y sus aliados, en un frente común con Vietnam y Corea del Norte, la Unión Soviética y China y todos los países socialistas hermanos. Movidos por la misión de todo revolucionario constituyamos la vanguardia de la revolución chilena, en la autocrítica permanente y fieles a los dictados del trabajador del campo y la ciudad.